

Salmos diarios, Ciclo II, Año Par. Explicados

XXXIII Semana del Tiempo Ordinario

Miércoles

Salmo 150

Alabemos al Señor con alegría. Los salmos de alabanza son auténtica escuela de "alegre alabanza" (Juan Pablo II), es como si se respirara una atmósfera de júbilo, como si se hallara un oasis en medio del desierto. ¡Qué hermosa vocación, la de alabar, para el ser humano!

Todos necesitamos una fuerte y constante invitación a la alabanza. Eso es lo que hemos hecho al cantar: *Alabemos al Señor con alegría*, a la vez que nos invitamos unos a otros a alabar, también invitamos a todo el mundo a alabar al Señor, manteniendo una relación gozosa con Dios y a responder con cantos de gratitud y admiración a su grandeza y bondad.

Hay un tiempo para la oración silenciosa, pero hay también un tiempo para la oración de aclamación, en la que el gozo mana de la interioridad del ser humano y se desborda; el Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios (cf Rm 8,16), y la lengua de los hijos es la alabanza.

La historia de la salvación ofrece abundantes modelos de cantos de alabanza; los salmos son buena prueba de ello. Uno de los exponentes más preciosos es el Magnificat, donde la humildad de María, para dejar a Dios ser Dios, es terreno donde florece la alabanza. "Reciten entre ustedes salmos, himnos y cánticos inspirados; canten y salmodien en su corazón al Señor", dice san Pablo (Ef 5,19; Col 3,16).

La fe en Dios lleva consigo la alabanza. Si el ser humano alaba a Dios, lo hace movido por un corazón admirado y agradecido, inundado de alegría por sentirse amado, salvado y protegido por Dios. Por medio de la oración de alabanza celebramos todo lo que Dios es para nosotros. *Alabemos al Señor con alegría.*

La voz de Cristo es la única que llega eficazmente al corazón del Padre. Por esto san Agustín decía: "No oro yo, es Cristo quien ora en mí". La verdadera oración de alabanza es fruto del Espíritu Santo. Cuando dejamos que el Espíritu sea quien impulse nuestra oración, cuando dejamos que sea El quien ore en nosotros con "gemidos inenarrables" (Rom 8,26), solo entonces, nuestra voz se identifica con la de Cristo y somos "alabanza de su gloria" (Ef 1,12). Un Poema de la primitiva Iglesia dice: "Como se pasea la mano en las cuerdas, y como canta la cítara, así habla en mí el Espíritu de Dios". Nosotros Alabemos al Señor con alegría.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasolidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)